

LA HISTORIA QUE NO PUDE
O NO SUPE ESCRIBIR

Javier Cánaves



Ediciones Baile del Sol



Apdo. Correos, 133. 38280 Tegueste. Tenerife. ISLAS CANARIAS
<http://www.bailedelsol.org> - E-Mail: bailesol@idecnet.com

*Para Floriane
para Constanza*

Era un rito imbécil, era un rito; pero acaso resultara mejor para todos que yo me atuviera fielmente a esta forma de la locura hasta gastarla o ser gastado.

JUAN CARLOS ONETTI

HISTORIA DE JUVENTUD

Ésta es la historia que no pude o no supe escribir en su momento. Podría pensarse que si no fue escrita entonces, ya no tenga sentido hacerlo ahora, pero aquí estoy, sin otra posibilidad o eso quiero creer. Los dedos se deslizan sobre el teclado produciendo un sonido adormecedor, semejante al de la lluvia. Es normal. No hay nada más parecido a un sueño, nada más similar al hecho de contemplar la lluvia, que un viaje al pasado, al propio pasado. Así pues, esto es el inicio de un viaje que concluirá en esta habitación, con un hombre que soy yo escribiendo algo que podría decirse que es su historia.

La historia que voy a contar es una historia de juventud. Con esto no quiero decir que ya no sea joven. Soy más o menos joven, un tipo próximo a la mediana edad. En fin, estoy cerca de cumplir los treinta y cuatro. La edad ideal, pienso, para contar lo que he venido a llamar una historia de juventud o, lo que es lo mismo, una historia de esperanza, pasión y fracaso, si bien es cierto que también habla de otras cosas. Lo mejor es dejarme de preámbulos e iniciar el relato.

Ocurrió hace ocho años en Fuerteventura. ¿Nunca han estado? Es una isla que no deja indiferente a nadie, el peor lugar al que podría haber ido, aunque esto lo sé ahora. Por aquellos días sólo pensaba en romper con mi presente. Los jóvenes de todo el mundo siempre han fantaseado con dejarlo todo atrás. Una ingenuidad, lo sé, pero por aquel entonces todavía creía que era posible empezar de cero en otro sitio. Han pasado ocho años y he vuelto al lugar del que quise escapar, es decir, sigo siendo yo mismo, sólo que con más canas y menos pelo.

Ocho años y, aunque suene a tópico, parece que fue ayer. Hay algo desalentador en este hecho. Es como despertar de un sue-

ño que se prolongó de manera inusual e innecesaria. Lo cierto es que tenía veinticinco años, que me acababa de licenciar en derecho y que hacía seis que tenía novia. Se llamaba Linda y estaba loca por mí, o eso es lo que pensaba. Yo la quería, pero supongo que por aquel entonces tenía otras prioridades. Había estudiado derecho contra mi voluntad, para satisfacer a mis padres. Había sido un buen hijo, un novio modélico (o eso me gustaba pensar), y era el momento de cobrárselo todo. Supongo que quería dejar de aburrirme. Quería que me sucedieran cosas, algo imprevisto, que se saliera del guión, creo que es fácil de entender. Contra lo esperado, rechacé la oferta para entrar a trabajar en el bufete de mi tío. Argüí que necesitaba tiempo y enseguida me puse a buscar ofertas de empleo. Todo vino rodado. Leí el anuncio de una empresa que decía necesitar gente con disponibilidad geográfica y conocimientos de inglés y/o alemán. Llamé y concerté una cita. El trabajo consistía en realizar encuestas de calidad por diferentes hoteles, todos lejos de aquí. Les gusté y al cabo de una semana tenía un billete de avión a Tenerife. No se lo conté a mis padres ni a Linda hasta que faltaron dos días para el viaje. Fue un pequeño drama —siempre fuimos una familia muy unida—, pero expliqué que al cabo de seis meses estaría de vuelta y que apenas tendríamos tiempo de darnos cuenta de nada. No comprendieron, pero la decisión ya estaba tomada, así que lo único que pudieron hacer fue darme unos cuantos consejos y desearme suerte. Recuerdo muy bien la última noche que Linda y yo pasamos juntos. Ninguno de los dos sabía que aquella vez iba a ser la última, pero actuamos como si lo supiéramos. Muchas veces he pensado en esto. Hacía ya un año que prácticamente el único motor de la relación era la inercia. Habíamos pasado por dos o tres intentos de ruptura más o menos encubiertos. Siempre llegábamos a la conclusión de que nos queríamos, por eso resultaba lógico resignarse a estar juntos. Pero aquel viaje lo cambió todo. Lo cierto es que hicimos el amor con algo de teatralidad. En ningún momento pude desprenderme de la sensación de no ser nosotros los que estábamos allí.

El día después tomaba el avión que me llevaría a Tenerife. Pese a lo extraño de la noche anterior, o quizá por eso, me sentía feliz, pletórico, con ganas de comerme el mundo. Está de más decir que apenas le di dos o tres bocados.

El principio fue desalentador. El trabajo, como dije, consistía en realizar encuestas de satisfacción, siempre a la hora de la cena, sobre los diferentes servicios prestados por el hotel. Trabajábamos en pareja. La primera compañera que tuve fue una tinerfeña huraña, varios años mayor que yo, con la que apenas me comunicaba. Terminado el trabajo (solíamos acabar entre las doce y la una de la noche, dependiendo del número de papeletas que tuviéramos que traducir), se iba a su casa y no volvía a verla hasta el día siguiente, justo en el momento antes de entrar en un nuevo hotel. Empecé a sentirme solo. Para combatir el aburrimiento, me aficioné a pasear. Hasta la fecha nunca había paseado, quiero decir que nunca me había puesto a caminar sin importarme la dirección. Para mi sorpresa, descubrí que me gustaba. También descubrí Tenerife. Es un lugar magnífico. La vista del Valle de la Orotava viniendo de Los Rodeos es espectacular, sobre todo si el día está despejado y uno puede ver la cumbre nevada del Teide, pero mejor no entrar en este tipo de detalles. Al no tener que madrugar, eran muchas las noches en las que me acercaba hasta los bares del Puerto de la Cruz. Me acodaba en la barra, pedía una copa y me dedicaba a mirar a las mujeres. Durante las dos primeras semanas no pasó nada digno de mención, pero a la tercera conocí a Sandra. Estuve con ella hasta que decidieron enviarme a Fuerteventura. No me llegué a enamorar, pero guardo muy buenos recuerdos de aquellos días. Nos despedimos con un abrazo frente al hotel Bonanza. Cuando nos separamos, estaba llorando. Dijo que no me olvidaría, pero lo cierto es que nunca más nos volvimos a ver.

Si bien la historia que me he propuesto contar transcurre en Fuerteventura, pienso que sería injusto finiquitar aquellos días junto a Sandra en un solo párrafo. Me digo que se merece algo más, que nos merecemos mejor suerte. Aunque es probable que ella prefiriese no aparecer en este relato, dejarlo ahí, en esa imagen: Sandra llorando frente al hotel Bonanza, Sandra diciendo que no me olvi-

dará, Sandra alejándose a paso rápido por una calle que en estos momentos se me antoja una de las más tristes del mundo. Una calle por la que se aleja una joven que llora. Quién sabe, quizá debí salir corriendo tras ella. De haberlo hecho, ¿cuál sería la historia? Si fuerzo la imaginación puedo vernos en una playa que no es ninguna playa sino la idea estereotipada de una playa ideal. Algo abstracto, como suspendido en el cielo. Me gustaba su manera de reír. Algo tan vago como eso. Apenas podía sostenerme la mirada. Tenía novio. En ningún momento me lo ocultó. No se cansaba de repetir que aquello que hacía estaba mal. Pero nunca dejó de acudir a nuestras citas. El primer beso siempre era el más difícil, el más culpable. Hicieron falta bastantes paseos y palabras antes de que acabáramos en la cama. Creo que de algún modo se convenció de que no había otra salida, de que aquella historia no podía tener otro final. Esa extraña fatalidad me excitaba, o quizá lo que me gustaba de todo aquello era el hecho de pensar que Sandra no podría olvidarme. El egoísmo y la maldad que todo juego de seducción comporta. Imaginármela llorando el día de nuestra despedida, como finalmente sucedió, me hacía sentir especial. Sé que es estúpido, cruel e ingenuo, pero por aquel entonces necesitaba aferrarme a cosas así. Como ya he dicho, nunca más nos volvimos a ver.

Antes de hablar de Fuerteventura, déjenme decirles una cosa. No me había olvidado de Linda. Hablábamos a menudo por teléfono. Yo le explicaba que seis meses pasan volando, que pronto volveríamos a estar juntos. Incluso planeamos un encuentro. Ella vendría a verme, le pediría el dinero a su padre. Evidentemente, no le conté nada de mi historia con Sandra. A decir verdad, nunca me llegué a sentir culpable. Linda era mi novia, seis años de mi vida, y Sandra un antídoto contra la soledad y el miedo a estar equivocándome. No había por qué dramatizar. Sandra acabaría perdiéndose en la nebulosa que ahora habita y Linda estaría esperándome, ya imposible imaginarnos el uno sin el otro. Supongo que una suerte de costumbre o cobardía y, por qué no, algo de cariño, ese no reconocernos separados. No en vano nos habíamos estrenado juntos en muchos aspectos de la vida. Nos conocíamos en los detalles más íntimos y aceptábamos nuestros miedos y torpezas. Incluso en los peores momentos habíamos sabido abrazarnos. No podía, es más, no debía olvidarse algo así por una simple aventura. Lo cierto es que llegué a creer que mi historia con Sandra nos acabaría haciendo más fuertes como pareja. Una prueba superada o cualquier estupidez por el estilo. Supongo que en el arte de autojustificarnos los humanos damos lo mejor de nosotros mismos. Incluso el más plano de todos suele hacer gala de una gran imaginación.

Pero Linda me conocía bien y se dio cuenta, incluso antes que yo, de que me estaba alejando, de que estaba iniciando un viaje en el que ella no tenía cabida. No quiero decir con esto que sospechara de mi historia con Sandra. Pienso ahora que habría sabido perdonármelo. Era algo más general pero a la vez más certero. Tenía que ver con la regularidad de mis llamadas, con mi manera atropellada de contarle anécdotas tontas, de evadir lo estrictamente personal. La falta de entusiasmo frente a la posibilidad de encontrarnos en Tenerife. Yo trataba de disimularlo, pero ella se daba cuenta. Quizá se convenció de que se trataba de algo temporal, algo que

todavía podía reconducirse. Me sentía peor después de haber hablado con ella que por el hecho de andar acostándome con Sandra. Pero ya digo, no llegué a sentirme culpable. Tal vez incómodo, tal vez triste o vacío, pero no culpable. Al fin y al cabo, aquél era uno de los bocados que quería endiñarle a la vida.

Pienso que la noche va a ser larga. Pienso que no dejaré de escribir hasta que el personaje de este relato llegue a esta habitación e inicie lo que ha venido a llamar una historia de juventud, antes creía que una historia de aprendizaje, pero sería más acertado decir una historia de desconcierto. Como un mosquito insistente, sobrevuela una pregunta: ¿Cuándo se abandonan los sueños de juventud, una vez que se han perdido o antes incluso de que estos hayan muerto? Irremediablemente, estas líneas van a conformar un relato de fantasmas, de cosas perdidas y retratos confusos. Esta es la historia que no pude o no supe escribir en su momento. Quizá tampoco sepa contarla ahora, pero me dejo llevar por el arrullo del sonido de mis dedos sobre el teclado del ordenador. No tengo muy claro si se trata de una melodía que convoca o inventa a los fantasmas. Un viaje en el tiempo siempre es un misterio. Nunca se sale indemne de él.

Llegué a Fuerteventura a primeros de abril de 1999. Apenas sabía nada de la isla. Cuando pensaba en ella, a mi mente acudían refugios en mitad de las dunas, soldados alemanes a la espera de instrucciones, submarinos fondeados en sus costas, putas de lujo irremediabilmente enamoradas. La culpa de esto la tenía una novela de Vázquez Figueroa que había leído años atrás, pero lo cierto es que la realidad no distó mucho de lo que imaginaba. Allí la gente está de paso, a la espera de un nuevo destino o de un olvido irreversible. Todos los bares parecen burdeles y resulta imposible no enamorarse. O te enamoras o te vuelves loco, si es que son cosas diferentes. Aunque también existe la opción de drogarse. Por lo demás, las arenas de sus playas kilométricas están salpicadas de viejos alemanes que parece que hayan ido hasta allí para morir bajo el sol. Nada hacía prever el vuelco que daría mi vida, salvo quizá una encubierta predisposición al desastre.

Como siempre sucede en estos casos, el vuelco inesperado tuvo nombre de mujer. Se llamaba Alicia y era mi nueva compañera. No puede decirse que fuera guapa en el sentido más convencional de la palabra, pero no se parecía a ninguna mujer que hubiese conocido con anterioridad. Estas mujeres que nos parecen diferentes a las demás suelen ser las más peligrosas, las que nos cambian la vida y casi nunca para bien. Enseguida intuí el peligro, pero también enseguida supe que no me resistiría. Es curioso, tanto tiempo después y sabiendo cómo acabaron las cosas, creo que volvería a hacer lo mismo. Me enamoré y perdí la cabeza. Supongo que el hecho de encontrarme en Fuerteventura no hizo que las cosas resultaran más sencillas. Pero igualmente habría sucedido lo mismo en cualquier otro lugar.

¿Cuánto hubo de verdad en aquel amor? Si el baremo para medir la autenticidad del amor —del amor perdido— son las heridas que nos deja, debo decir que lo que hubo entre Alicia y yo no fue exactamente amor, si bien por aquellos días me creía enamorado de mi compañera. No hay heridas, sólo un salto al vacío, esta

sensación de irrealidad mientras la noche avanza hacia su fin. Más que una atracción sexual, lo que nos arrojó a los brazos del otro fue un vértigo compartido, la sensación de ser los únicos supervivientes de una masacre silenciosa. El decorado era perfecto y los actores se olvidaron de estar desempeñando un papel. Como Sandra, me convencí de que no había otra salida o más bien de que no había salida. Llegué a pensar que nunca abandonaría aquella isla, que aquel salto junto a Alicia era definitivo. Ciertamente, hubo algo definitivo en todo aquello. Algo se perdió irremediamente. Al fin y al cabo, se trata de una historia de juventud.

Todo empezó una semana después de mi llegada a Fuerteventura. Desde el principio Alicia y yo nos entendimos. A los dos nos gustaba pasear improvisando la ruta. Los dos teníamos a alguien que nos estaba esperando lejos de allí, o eso se suponía, y los dos intuíamos que no íbamos a volver siendo los mismos, si es que algún día regresábamos. Con Alicia se podía hablar de cualquier tema, pero también se podía estar en silencio sin que éste resultara incómodo. Había algo crepuscular en su mirada, al menos así lo sentía. Se trataba de una sensación vaga, algo que me impulsaba a querer salvarla o salvarme en ella. Nunca me cansaba de mirarla. Más que sus palabras, eran sus ojos los que transmitían sabiduría. Algo antiguo e inexplicable. Fui plenamente consciente de que aquello era serio cuando me percaté de que llevaba tres días sin hablar con Linda. Toda una novedad. No sabía muy bien cómo afrontarlo. Finalmente, las cosas se precipitaron y pensé que era lo mejor que podía sucederme.